

# REFLEXIONES HISTORICAS

## SOBRE LA GUERRA DEL PACIFICO

Por  
Guillermo IZQUIERDO Araya  
Academia Chilena de la Historia



RANSTORNOS profundos en el curso de nuestra historia causo la Guerra del Pacífico, la que asimismo marcó consecuencias que aún perduran. Bastaría con preguntarse al respecto, cuál habría sido la ruta histórica de Chile y cuáles las condiciones en que se hubiera desarrollado sin esta guerra. Produjo héroes cuyos nombres están en los labios de todos los chilenos; destacó personalidades que, probablemente, no hubieran alcanzado el relieve que tienen en nuestra historia; originó alteraciones profundas en la vida nacional, Unto en el orden financiero como en el económico, el social y el político. Así, por ejemplo, el país pasó a ser el dueño exclusivo de la explotación salitrera y tuvo el monopolio de la producción y comercio de este abono en el mercado mundial; vio acrecentados los ingresos fiscales y pudo llevar adelante iniciativas que, sin esos recursos, no hubieran podido realizarse. Escuelas, hospitales, puentes, caminos y ferrocarriles se construyeron por doquier. Inversionistas extranjeros y nacionales impulsaron

nuevas empresas y una plutocracia ambiciosa y emprendedora favorecería mudanzas políticas. Por primera vez el país conocerá la presencia de una gran masa obrera concentrada en los campamentos salitreros de las oficinas, hecho que motivaría consecuencias sociales de importancia.

Este proceso histórico sobrepasa, pues, en mucho los 4 años de hostilidades, abiertas con la ocupación de Antofagasta el 14 de febrero de 1879 y cerradas en Huamachuco, escenario de la fiera batalla entre la división de Gorostiaga y la volante división de Andrés Cáceres, caudillo de las acciones guerrilleras en la sierra peruana. Huamachuco fue el epílogo de la porfiada resistencia enemiga y ocurrió por rara coincidencia el 10 de julio de 1883, en el primer aniversario del combate de La Concepción. Jurídica y políticamente el conflicto comenzó con la declaratoria del estado de guerra de Chile a Perú y Bolivia publicada el 5 de abril. Desde ese día el mundo tuvo noticia de que comenzaba el conflicto armado. Su término jurídico y político se señala con el Tratado de Ancón, firmado el 20 de octubre de 1883 en Lima, y el

Pacto de Tregua con Bolivia, el 4 de abril de 1884, sustituido 20 años después por el Tratado de Paz de 1904.

Es necesario insistir en que la Guerra del Pacífico no es solo el período de hostilidades de algo más de cuatro años, sino un largo proceso histórico que comprende un lapso de preguerra y otro de postguerra que se prolonga también por años, de suerte que son varias las décadas en que los acontecimientos se cumplen en función del episodio central de la guerra misma. Es nuestro propósito reflexionar sobre algunos de los aspectos más importantes que nos presenta este conflicto armado en sus tres fases: la preguerra, la guerra, desde que se abrieron las hostilidades y la postguerra desde los tratados de paz y de tregua.

#### 1) LA PREGUERRA

En la preguerra la contienda es diplomática con intercambio de notas de las Cancillerías, con exposiciones sobre los fundamentos de los derechos que reclama cada país. Las notas de protesta son duras y precisas; las demás son corteses, como suele ser en el lenguaje de la diplomacia. No sólo hubo debate diplomático: lo hubo también entre ciudadanos preocupados de las alternativas de los problemas limítrofes y algunos gobernantes desprevenidos. Fue el esfuerzo por alertarlos. Los años pasan, los celos crecen y se transforman, lamentablemente, en malquerencia, odiosidad y distanciamiento. Los debates diplomáticos solían concluir en tratados y convenciones que, no siempre, se acordaron de buena fe y no siempre se cumplieron con honestidad.

En los años que precedieron al conflicto, y en este ambiente de la contienda diplomática y de las polémicas entre personeros de los países comprometidos en los diferendos limítrofes, lo que más nos sorprende en el caso de Chile, es la poca clarividencia de nuestros gobernantes para avizorar el futuro y para no prever el conflicto que viene. Bien pocos fueron los intuitivos. Entre esos pocos está don Abdón Cifuentes, a quien rindo el homenaje de mi admiración.

Nuestra Academia guarda celosamente el grueso folio que contiene el texto manuscrito de sus memorias. Hemos explorado las 300 y tantas páginas de esta valiosa contribución his-

tórica, publicada sólo parcialmente. Con mano vigorosa que denota la firmeza de su convicción, nos expone los cambios políticos en el Perú, la abdicación de Prado en favor del general La Puerta y la asunción definida del Vicepresidente Canceco al mando supremo. Ciertamente estos cambios no favorecían a Chile y así lo estimó Cifuentes. Nos dice cuán preocupado estuvo por estos sucesos peruanos, dado el virtual desarme de nuestra escuadra. Contábamos, según su afirmación textual "con dos corbetas, la "Esmeralda" y la "Covadonga" y habíamos mandado construir otras dos corbetas, la "O'Higgins" y la "Chacabuco", pero estaban inconclusas y retenidas en astilleros ingleses por razón de nuestra guerra con España".

Cifuentes nos relata el diálogo que tuvo con el Presidente Pérez cuando le advirtió esta situación:

"Aproveché —dice— la confianza que me dispensaba el señor Pérez para suplicarle que comprase dos blindados que nos pondrían a cubierto de toda agresión del Perú y de toda nueva agresión de España.

—Es imposible -me contestó-; no podemos sacar nuestras corbetas de Inglaterra, menos podemos comprar dos blindados.

—Señor, repliqué, no faltan medios para allanar esa dificultad. Yo estoy cierto que más de una de las repúblicas americanas que están en paz con España, se prestarían a hacernos ese servicio, sirviéndonos de intermediarios.

—En primer lugar —me respondió— no creo que el Perú cometa la enormidad de romper con sus aliados; y, en segundo lugar, estamos muy pobres para gastar dos millones de pesos en dos blindados".

Cifuentes no se desconsoló, y movido por su perspicacia y penetrante visión, aprovechó la crisis en nuestras relaciones con el Perú por la protesta que el gobierno peruano formuló con la pretensión de interferir la salida de las dos corbetas chilenas retenidas en Inglaterra, para insistir ante el Presidente; pero según don Abdón, el señor Pérez reiteró su negativa fundándola en la falta de fondos y en que "no creía que el Perú se lanzase en una guerra loca y en que, si llegaba a cometer esa locura, ya sería tarde para adquirir dos blindados".

Se enfrentaban así dos criterios: el uno que no vislumbraba los peligros y que bajaba la guardia confiado en la paz perpetua entre naciones hermanas, confianza presidencial perfec-

tamente explicable si de naciones hermanas se trataba y, además, aliadas en la guerra con España; y el otro que intuía la venida inevitable del conflicto armado y que consideraba necesario prever. El memorializa y así lo expresa:

"Si el peligro de hostilidades del Perú con Chile se había desvanecido por entonces, no podía por eso dejar de subsistir la malquerencia que ese país y su gobierno abrigaban contra nosotros y que podría estallar en abierta hostilidad el día menos pensado. En mi concepto, lo que aconseja una vulgar previsión es igualar siquiera nuestro poder marítimo... Mis reflexiones se estrellaron como antes en el optimismo del señor Pérez".

Esto pasaba en 1867. En agosto de 1868. Canceco entregó el mando al Presidente elegido constitucionalmente, don José Balta, que superaba a sus antecesores en sentimientos inamistosos hacia Chile. A poco de asumir el mando incrementó el poder de la escuadra peruana con la compra de dos monitores en los EE.UU. el "Manco Cápac" y el "Atahualpa". Cifuentes nos dice que suplicó e imploró por dos veces más ante el Presidente con el mismo resultado negativo.

Pasaron tres años. El 18 de septiembre de 1871 sube al poder en Chile don Federico Errázuriz Zañartu. El señor Cifuentes integró el primer gabinete en la cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Nos cuenta que a los pocos días de asumir dicha cartera celebró su primera sesión el Consejo de Estado y su primera palabra allí fue para presentar dos proyectos: uno para crear el Ministerio de Relaciones Exteriores, nuestra Cancillería, medida indispensable, pues "el Ministro del Interior se hallaba en la imposibilidad de atenderlo debidamente"; y el otro, "para solicitar del Congreso 2 millones de pesos para aumentar nuestra escuadra con dos blindados", más 200 mil pesos para otra nave al servicio de la colonia de Magallanes. "La exposición que hice de antecedentes que dejo narrado —continúa diciéndonos el señor Cifuentes— hicieron honda impresión en el Consejo, y los dos proyectos fueron aprobados sobre tabla y por unanimidad el primero; pero con un voto en contra el segundo, el voto de don José Joaquín Pérez, que junto con descender de la presidencia fue nombrado Consejero de Estado por su sucesor don Federico Errázuriz".

¡Cómo le estarán pensando a don José Joaquín las memorias de D. Abdón!

Los dos proyectos fueron igualmente aprobados por el Congreso Nacional y promulgados como leyes de la república, el 2 de diciembre de 1871, el del Ministerio, y el 4 de enero de 1872, el de los blindados.

Abdón Cifuentes en este aspecto de su previsora posición en política internacional, fue todo un estadista de selección, con clara, definida y anticipada visión de los problemas internacionales de Chile con sus tres vecinos. Sus argumentos ante el Presidente Pérez me hacen recordar los de Portales, cuando el gran Ministro se empeñó en el segundo quinquenio del decenio de Prieto, en salirle al paso a la Confederación de Santa Cruz con decisión y audacia. Su carta al almirante Blanco Encalada en 1836, desgraciadamente incompleta y que aparece en el tomo III del Epistolario, nos exhibe sus asombrosos planteamientos geopolíticos en una época en que la Geopolítica ni siquiera se concebía. Allí nos dejó un legado que los chilenos no hemos cuidado lo suficiente. Su afirmación es rotunda: "Debemos dominar para siempre en el Pacífico. Esta debe ser su máxima AHORA, y ojalá fuera la de Chile para SIEMPRE". Además en esa carta afirmó: "Las fuerzas navales deben operar ANTES que las militares, dando golpes decisivos". Esto fue lo que, precisamente, hubo de hacerse en 1879.

Cifuentes no es el único chileno que está en esta posición. Nuestro héroe máximo ARTURO ERA 1\ también apreciaba con igual visión previsora los peligros que nos amenazaban. Cuando cumplía su misión en los países del Plata a fines de 1878, hacía ver en sus informes al gobierno, la necesidad de reparar las calderas de los barcos de nuestra Armada, sin demora, para tenerlos listos previniendo la emergencia. Advertía los peligros del receso naval y le preocupaba lo fundamental: poder moverlos con un buen andar.

Pero también manifestaba inquietud por la suerte de Chile asediado por sus vecinos. Sus opiniones están inéditas en cartas desde Montevideo a su tío Jacinto Chacón, a su mujer doña Carmela y a don Eulogio Altamirano, insertas en el epistolario aún no publicado. Lo tuve en mi poder durante breve tiempo por razones que no es necesario consignar. Con grata sorpresa me impuse del pensamiento del futuro héroe en materias que le interesaban como ciudadano chileno. Me parece importante darlas a conocer.

Es notable la agudeza del pensamiento de Prat sobre la Patagonia. Le escribe a su tío Jacinto :

"Pero en verdad te digo, que sin ser amigo de la guerra, no sentiría que fracasase el último Tratado, si es que él cede alguna sección del territorio patagónico que miramos nosotros con una indiferencia verdaderamente culpable. La Patagonia es un desierto, sin duda, pero, ¿no han sido desiertos los que nos han dado la poca fortuna que el país ha acumulado? ¿No es en Atacama, Caracoles, Tocopilla donde están invertidos gran parte de nuestros capitales? ¿Volveremos a cometer un acto tan impolítico como la partición del desierto de Atacama? (1)

En seguida agota la argumentación para demostrar el valor que tiene la Patagonia:

"La Patagonia, quizás, no dará trigo ni maíz; en cambio proporcionará productos miles de veces más valiosos, como el guano, el salitre, carbón, hierro, cobre, etc. y puede ser un centro de civilización que nos ponga en contacto con el Atlántico, sin grandes dificultades".

Este pensamiento de Prat demuestra con qué claridad apreciaba el futuro de la Patagonia. No cayó en el error en que incurrieron otros —y entre esos "otros" algunos personajes— que la desestimaron. Para Prat la Patagonia no proporcionará los productos del agro (en lo cual se equivocó); pero, sí, otros "miles de veces más valiosos". No acierta en la enumeración de los minerales, porque razona en relación a los desiertos del Norte Grande que parece equipararlos al territorio patagónico. No podía estar en su mente en aquel entonces el petróleo, pues él argumentaba en la época de los vehículos de tracción animal. Pero Prat sospechó que la Patagonia era una fuente de riquezas. Y en esto no se equivocó.

Prat anatematiza a los indiferentes y condena los extravíos de los que proponen ceder la Patagonia:

"Por eso —dice- juzgo culpable la indiferencia con que miramos esas pampas, desconocidas para nosotros, yendo hasta ceder de buena gana las siete octavas partes de ella para asegurar la octava.

Y reitera:

"Repito, no soy amigo de la guerra, pero creo también que el excesivo amor por la paz puede perjudicarnos más que la guerra misma, enervando el país y haciéndonos perder la influencia que para nuestra tranquilidad y bien de América debemos y podemos ejercer en América y que no ponernos en práctica por puro egoísmo".

Yo no tengo otra cosa que decir: ¡admirable! Este es un Prat desconocido, un pensador político clarividente, un crítico que cala hondo. Su clarinada de 1878 no fue escuchada porque él no se dirigió a los gobernantes sino a sus familiares, al gran jurista que fue don Jacinto y que compartió su pensamiento. Sucedió lo que él temía: la Patagonia se entregó.

En carta al mismo don Jacinto Chacón, el 10 de diciembre de 1878, argumenta sobre qué pasaría en caso de una guerra con Argentina, y concluye:

"A más, este país no tiene entre sus vecinos un solo amigo; con todos tiene cuestiones de límites que no quiere resolver esperando los momentos de conflicto en que pueda sacar mayor partido y nada sería más conveniente para Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay y Chile, y más hacadero, que unirse para resolver de una manera justa y elevada, la cuestión fronteras que es hoy la pesadilla de América". \*

Comentando el tema con don Eulogio Altamirano hace referencia al Tratado en gestión, y le dice: "En este caso no le faltaría a la República Argentina los medios de evadir el Tratado, si no en el Congreso donde un rechazo podría poner en descubierto el papel que ha estado re^ presentando para con el extranjero, en el tribunal de arbitrio, donde para discutir tendrá que ponerse previamente de acuerdo en los puntos sobre que' la discusión va a versar..." Y poco después le afirma que, "como el pueblo en su inmensa mayoría, lo componen elementos extranjeros, maldito el entusiasmo que pueden tener por una guerra que vendría a perjudicarlos exclusivamente".

En carta a doña Carmela es más explícito al decirle:

"En Chile estarán muy contentos con el arreglo, muy creídos que se llevará a efecto....

(1) Se refiere sin duda a los Tratados con Bolivia en 1866 y 1874 que fijaron como límite el paralelo 24, dejando a Bolivia la mitad del desierto.

Para mí, vistas las condiciones que forman el fondo del carácter argentino y su sistema de gobierno, no hay duda que jamás deben firmar el Tratado ni han pensado en cumplirlo".

Esto lo dijo cien años ha un chileno que se inmoló por la patria. Si le tocase vivir estas horas nuestras ¿qué podría eliminar en los párrafos transcritos, ya centenarios? Sólo me resta afirmar que, con Prat, Chile ganó un héroe de celebridad universal, pero perdió a un gran ciudadano que pudo haber prestado a nuestro país valiosos servicios en la paz. Recordemos que otro gran marino del 79, Juan José Latorre, ocupó la Cancillería.

## 2) LA GUERRA

Pasemos a la segunda fase, la guerra misma. ¡Cuántas reflexiones pueden brotar de este suceso! Desde la ocupación de Antofagasta el gobierno va tomando conciencia de los múltiples problemas que trae la situación bélica. Desde luego, para un país como el nuestro, un tanto desprevenido, se vio en la necesidad de dotar a sus buques con tripulaciones completas y eficientes; para llenar sus cuadros tuvo que acudir a enganches de individuos que tuvieron que ser sometidos a una preparación mínima; fue necesario acumular carbón para que las calderas de las naves de guerra tuvieran seguridad en sus movimientos; era indispensable llenar los cuadros de oficiales apelando a las reservas y a los voluntarios capacitados. Como los planes tácticos y estratégicos no existían o eran inadecuados a las circunstancias, fue necesario concebirlos, elaborarlos y decidirse por los mejores. Todo esto requería auxilios financieros extraordinarios y fue preciso acudir a empréstitos y a emisiones de papel moneda. Era preciso afrontar las críticas y la presión de la opinión pública, y se imponía aquietarlas. El cambio de los gabinetes fue uno de los medios para atenuar la inquietud pública, y fue así que el ministerio Prats hubo de renunciar para dar paso al Ministerio Varas, pero las cosas siguieron más o menos iguales, porque no era problema de hombres, sino de medios y oportunidades; sobre todo de medios para vencer los obstáculos de nuestra geografía tan singular. Por otra parte la escuadra estaba inactiva por razones explicables que no eran advertidas por los críticos exigentes. Fácil es criticar, difícil es comprender la realidad.

Mientras se consideraban los planes de campaña y se tomaban las decisiones definitivas, el ejército se fue concentrando en Antofagasta a medida que los transportes llevaban efectivos expuestos a los riesgos de un mar que Chile aún no dominaba.

En el intervalo se completó la ocupación del territorio de Antofagasta como una manera de reivindicarlo. No fue conquista, fue reivindicación. Los chilenos recibieron entonces las noticias del primer encuentro serio con tropas bolivianas en Calama. Menos mal para los impacientes.

## Los frentes de una nación en marcha

¡A frente interno está peligrosamente confundido, desorientado; hay recelos de los jefes castrenses por la intromisión de los civiles en las decisiones puramente militares; la incertidumbre por tantos tropiezos produce desazón en los espíritus y se trasluce en la prensa y parlamento, principales voceros del pensamiento chileno. De pronto, como por obra de la Divina Providencia, surge el factor de unidad y de triunfo. Fue el combate naval de Iquique, derrota gloriosa, victoria moral insuperable, heroísmo señero, pocas veces igualado en los fastos navales universales.

Entretanto, el mismo día y a las mismas horas, un poco más al sur, frente a Punta Gruesa, el Perú pierde su mejor blindado, gracias a la habilidad táctica de Carlos Condell. Se ha quebrado la superioridad naval del adversario y el desaliento invade los corazones peruanos al saberse que en lo material el balance favorecía a Chile y en lo moral se agigantaban las fuerzas espirituales y la capacidad de lucha de nuestro pueblo.

La "Esmeralda" se ha hundido con su bandera al tope, su comandante ha muerto en la cubierta del "Huáscar" en un acto de arrojo y de temeridad increíble; el cuarto de a bordo, el teniente Ignacio Serrano, repite a plena conciencia el gesto de su comandante al producirse el segundo espolonazo, y tras él 12 marineros le siguen en la osadía; el corneta Gaspar Cabrales, niño de 13 años, no cesa de tocar a zafarrancho hasta que un tiro de cañón lo pulveriza poco después del abordaje de Prat; otro compañero, el cabo de marina Crispín Reyes lo reemplaza, recoge el instrumento y con nuevos bríos

toca "a degüello", pero también la metralla enemiga mutila sus piernas, se desangra y muere; entonces, un tercero, el marinero Pantalcón Cortés continúa en la tarea y el toque "a degüello" persiste hasta que el tercer espalonazo apresuró el hundimiento. Mientras esto ocurría, el guardiamarina Ernesto Riquelme, aquel estudiante de leyes que Prat convenciera para que se incorporara a la marina, sellaba el espectáculo con el disparo postrero que fue el simbólico saludo para la gloriosa falange de tan heroicos combatientes.

Días después, cuando se conocieron estos hechos, Chile entero se alzó orgulloso y satisfecho. El alma nacional, hasta entonces angustiada por la pasividad de nuestras armas y por la ausencia de planes de orden táctico y de orden estratégico, se manifiesta, de súbito, vigorosa y plena de admiración por este cuadro de heroísmo masivo.

Se ha producido el milagro: la "Unidad Nacional". Todas las voluntades se suman y aglutinan en el esfuerzo común de vencer. Los mártires de Iquique dejaban señalado el camino de la victoria. Cada chileno se sintió comprometido con el sacrificio de los héroes y comprendió que había que seguir la ruta de la entrega total al servicio de la nación en guerra. Se produjo, por ende, la movilización torrentosa de juventud y pueblo hacia los cuarteles para integrar los cuadros movilizados; las mujeres intensificaron sus quehaceres para avitualizar al ejército y algunas se alistaron como cantineras; los labriegos redoblaron su tarea campesina al tomar a su cargo las labores de los ausentes que dejaron sus herramientas por las armas; agricultores, comerciantes e industriales se unieron y conjugaron esfuerzos para evitar crisis y colapsos perjudiciales a la defensa. Los comandos del Ejército y Armada y los civiles que colaboraban en los altos mandos por decisión gubernativa, se propusieron deponer querellas y abandonar recelos. Los gobernantes continuaron sacrificando sus horas al reposo para consagrarse por entero, sin medida, a los deberes que la hora imponía. Inmersos en los problemas de una guerra que el país no buscó, apresuraron la decisión de un plan de campaña y encomendaron a Santa María la reunión de un consejo de los altos mandos en Antofagasta con la participación de algunos civiles como Sotomayor y Vergara y echaron a andar el plan elegido. Habría más

tarde otra reunión semejante para ajustar los detalles de la estrategia.

La voluntad de lucha y de vencer se anidaba, pues, en todos los chilenos. Era la nación movilizada por espontánea reacción. Iquique había hecho el milagro.

En este ambiente de unidad nacional, nadie osó en la Moneda impedir al debate público en la prensa y en el parlamento. Libertad de opinión para formular críticas y proponer remedios. El gobierno necesitaba de la colaboración bien inspirada. Ninguna conducta desleal, ningún acto con dañada intención pudieron prosperar en esas horas de unidad interna. Algún día habrá de escribirse sobre esta verdadera maravilla de una nación en guerra, sometida al tremendo esfuerzo de lograr la victoria, que no amordaza a los escritores, a los tribunos, a los periodistas y que respeta la inviolabilidad parlamentaria. Es la madurez cívica de la burguesía chilena que, ni aun en las circunstancias extraordinarias de una guerra, alteraba la norma constitucional.

Al Presidente Anibal Pinto le sobraban razones para sostener la conveniencia de permanecer en el mando y para prorrogar los mandatos parlamentarios. Ni lo pensó siquiera. Las elecciones se realizaron en las fechas constitucionales, bajo el imperio, por cierto, de la intervención oficial acostumbrada, en absoluta normalidad, cuando aún estaban frescos los encuentros de Chorrillos y Miraflores. Pinto entregó el mando a Santa María, escrupulosamente, el 18 de septiembre de 1881, ni un día más ni un día menos, como si Chile viviera tiempos normales. Ese día Santa María apareció en los balcones de la Moneda acompañado del general Baquedano que fue por un tiempo su contendor en la campaña presidencial, para demostrar así la solidez de la unidad nacional y cuán sumiso era el chileno al imperio de la ley.

Nicolás de Piérola, en el Perú y Narciso Campero, en Bolivia, no tuvieron la ocasión de exhibir una conducta semejante, porque en esos países las decisiones políticas se manejaban de otra manera.

El frente externo no se descuidó. Nuestros representantes diplomáticos estuvieron vigilantes y actuaron con habilidad y cautela. Lo que más importaba en esta emergencia era saber la decisión argentina. Se supo del Tratado secreto de alianza defensiva Perú-boliviano y su

rechazo definitivo por nuestro vecino allende los Andes; se progresó en las conversaciones con este país hasta concluir en la firma del Tratado de 1881. Entre las potencias europeas tuvimos la suerte de contar con la simpatía del canciller Bismarck, cuyo apoyo nos fue providencial. De Alemania vinieron muchos recursos bélicos que nos eran negados en otras partes. Supimos contrarrestar las presiones para que celebráramos la paz en condiciones inaceptables y finimos dignos y altivos en las conferencias de Arica a bordo del "Lackawanna".

El frente económico se ajustó de dos maneras: la primera, mediante el recurso de las emisiones de papel moneda; la segunda, con la ocupación de Tarapacá que nos aseguró los ingresos del salitre. La otra razón para ocupar Tarapacá fue de orden estratégico: separar al ejército peruano concentrado en Iquiquey en el interior de las fuerzas peruanas y bolivianas concentradas en Arica y Tacna.

El Congreso Nacional autorizó cinco emisiones de papel moneda durante los años de la guerra. El gobierno hizo uso de las cuatro primeras que totalizaron 24 millones de pesos de la época.

El frente bélico demostró estar organizado jerárquicamente, dispuso de un plantel de jefes y oficiales. eficientes, se organizaron divisiones bajo mandos responsables y subordinados a un Comando en Jefe y su Estado Mayor.

Los cuatro frentes que son motivo de preocupación en todo tiempo para cualquier gobierno, y mucho más para cualquier político, terminaron por presentar en la emergencia de esta guerra, una imagen positiva.

#### Factores del triunfo

Opiniones hay que sostienen que la guerra quedó definida a nuestro favor después del épico combate naval de Iquique. Ciertamente es, pero no en el todo. Otros atribuyen la victoria a la precautoria ley de 1872 que dotó a nuestra escuadra con dos blindados. Así lo sostiene don Abdón Cifuentes. Ciertamente es también, pero no en el todo. Hay otro factor determinante y al cual quiero referirme ahora: el factor humano. Los blindados, sin el concurso eficiente del factor humano, nada habrían podido decidir. Si el Perú perdió la "Independencia" fue por fallas del factor humano, y si encalló en Punta Gruesa fue por la habilidad y audacia chilenas.

Por consiguiente, el factor humano fue, a mi juicio, el decisivo. No podemos referirnos a las individualidades, sobre todo las que ocuparon altas jerarquías civiles y castrenses. Son odiosas las comparaciones. Pero me atrevo a afirmar —opinión personal— que nadie superó a Rafael Sotomayor entre los elementos civiles y nadie a Patricio Lynch Zaldívar entre los castrenses. Digo esto sin menoscabo de los méritos de Latorre, Riveros, Baquedano, Lagos, Salvo, Gorostiaga y tantos otros. Respecto de Sotomayor es extraordinaria la unanimidad de pareceres entre los historiadores. Incluso Encina, tan duro y tan exigente para juzgar las condiciones de algunos de los actores, lo elogia sin reservas. Según él, en Francia lo habrían apodado como a Lázaro Camot, llamándolo el "Organizador de la Victoria", y atribuye a Sotomayor, por sus admirables dotes de organizador y su abnegación cívica, "el lapso de esplendor que Chile irradió sobre América española entre 1880 y 1900".

Por su parte, Gonzalo Bulnes, entre otras cosas, hace ver que Sotomayor pidió el puesto de mayor eficacia y el más oscuro: el encargado de reunir los elementos para la movilización de preparar las municiones, las muías y el servicio de arrieros. Solicitó eso, nos dice, "porque fue el primero que tuvo la comprensión de la guerra en el desierto". Agrega que Sotomayor "era la prudencia combinada con la audacia. Supo hacerse respetar y querer. Mandaba el elemento militar sin ofenderlo y de tal modo se había asimilado con él, que el Ejército experimentó ante su fallecimiento la impresión de la familia que pierde a su jefe".

Bulnes concluye su juicio con estas palabras: "...ha sido necesario revolver los papeles más íntimos de la historia para que aparezca en sus verdaderas proporciones su figura colosal, y se puede decir que en mar y en tierra nada se hizo de bueno ni de grande, desde el principio de la campaña hasta su muerte, en que no tuviera una decisión decisiva".

Patricio Lynch no era un improvisado surgido en la guerra, sino un profesional eficientísimo y de probada experiencia en la Marina Británica y en la nuestra. Ganó fama como gobernador político en Tarapacá, mucho más por su expedición al litoral norte del Perú, donde ganó el apodo de "Príncipe Rojo", y muchísimo más durante su desempeño de sus

funciones de gobernador civil y militar en el Perú en los años de ocupación.

#### El "roto" chileno

Empero, el personaje por excelencia en esta guerra es el "roto" chileno. Dondequiera que actuara fue invencible: en oleadas sucesivas arrasó fortificaciones y defensas sin importarle la muerte; resistió las duras marchas en los desiertos, escaló laderas sin temer las ráfagas mortales de los defensores, cargó a la bayoneta y se trabó en lucha cuerpo a cuerpo con fiereza inigualada, obedeció ciegamente a sus jefes, soportó padecimientos indecibles en las alturas de la sierra peruana, enfrentó a las montoneras y fue diestro para sortear las sorpresas de las guerrillas; en fin, fue el gran personaje de esta guerra. Expresión pura de nuestra raza.

Un autor peruano, Guillermo Thorndike, acaba de publicar un libro con el título "VIENEN LOS CHILENOS", tercero de la serie titulada "La Guerra del salitre". No le podemos pedir imparcialidad en el tema, pero hay que reconocer la honradez que pone en algunos hechos que relata. Cuando refiere lo sucedido en la batalla de los Angeles, Moquegua, nos dice que para alcanzar la pampa del "Arrastrado", es imposible ganar la altura por el acantilado que por el lado del profundo barranco de Estuquiña, circunda en parte el cerro de "Los Angeles". En el diálogo que el autor imagina en su trama novelada, se lee: "...el jefe debía decidir si mandaba tropas a vigilar este desfiladero. "¿Ud. qué dice, Chocano?" —"Totalmente innecesario, mi coronel, la experiencia ha demostrado que es imposible subir por allí. ¡Ni que fuesen moscas!".

Pues bien, los mineros del aguerrido Atacama subieron por ahí. Así lo reconoce el autor peruano:

"Nadie imagina que 600 soldados del aguerrido "Atacama" casi terminan de trepar el abismo de Estuquiña. Morral y rifle a la espalda, destrozadas sus levitas negras a las que deben el eclesiástico mote de "padrecitos", subían clavando bayonetas en las hendiduras o equilibrándose con pericia de antiguos mineros, por repisas de piedra que apenas alcanzan a sostener un hombre por vez. Ascendían silenciosamente desde hace cinco horas, sin que ninguno hubiera resbalado a romperse contra las rocas del fondo, a la vez victoriosos y sorprendidos de que no haya peruanos vigilando la cuesta. Vein-

te hombres habrían bastado para despeñar y aniquilar a este batallón".

¡Para qué 20 hombres, si por allí no podían ascender "ni que fuesen moscas!"

Así es como un autor peruano, hidalgamente, enaltece la epopeya del minero chileno; digámoslo con orgullo: del "roto" chileno.

#### El "futre"

Pero hay otro personaje que lo acompaña y que no podemos olvidar ni silenciar: el "futre", el niño bien de las clases alta y media, prendado y satisfecho de su "status" y que no vacila en abandonarlo para vestir el uniforme del soldado. Muchos, por su cultura, asumieron cargos de oficiales, previa una preparación rápida e intensa. El "futre" fue tan valiente como el roto. Se entendieron perfectamente: cambiaban sus "cantimploras" para que el sediento se saciara; de consuno actuaban en los patrullajes en alegre camaradería y en medio de chascarros bulliciosamente celebrados hasta que, sorprendidos por la patrulla adversaria, aunaban corazón y voluntad para enfrentar y superar la contingencia; se confundían en el cuidado de las caballadas o de las piezas de artillería. Juntos celebraban las victorias y juntos salían, en brazos enlazados, de cantinas y burdeles, entonando la canción de Yungay o la del Séptimo de Línea. Juntos también se les vio en faenas tristes y humanitarias, improvisando camillas para recoger después de la batalla a los heridos, friesen estos chilenos o peruanos.

Esta Compañía del "roto" con el "futre" tendrá después beneficiosas consecuencias en la paz. En muchos casos la camaradería forjada en las horas bélicas continuó en los tiempos de paz.

### 3) LA POSTGUERRA

Brevemente algunas reflexiones de la tercera fase. La postguerra deja siempre problemas por resolver, algunos de solución inmediata, otros de solución mediata. Lo primero es el licénciamiento de los contingentes, devolver a los combatientes a su vida normal reincorporándoles a la vida hogareña y a sus labores. Lo segundo es poner en marcha los acuerdos de paz. Lo tercero —en este aspecto— si el país ha resultado victorioso y ha incorporado a su soberanía nuevos territorios cedidos por el vencido, será menester integrarlos verdaderamente



al pueblo vencedor, lo cual significa preparar un cuidadoso plan de nacionalización de manera de vincular a los pobladores nativos a la comunidad nacional; además, será necesario concebir una política de explotación de las riquezas naturales y el fomento de las industrias en los nuevos territorios. Es una tarea de planes y legislaciones que exige años de dedicación. Esa fue la tarea de Chile y que en algunos aspectos se prolonga hasta hoy.

En el orden de las soluciones inmediatas, Chile, como país vencedor, hubo de afrontar el problema de las reparaciones de guerra y las indemnizaciones que reclamaron los particulares neutrales perjudicados por la ocupación de las armas chilenas en el Perú y que fueron patrocinadas por las respectivas representaciones diplomáticas. Después de dilatadas negociaciones se constituyeron cinco tribunales arbitrales de tres miembros: uno de Chile, otro del país de los reclamantes y un tercero en discordia. Este tercero fue brasileño. Los tribunales fallaron más allá de 1895, dejando detrás de sus sentencias, legiones de descontentos, mientras el gobierno de Chile se esforzaba por cumplirlas en resguardo del prestigio y la tradición del país como buen cumplidor de sus obligaciones internacionales.

En el aspecto militar Chile pasó a ocupar el primer rango en América Latina, con un ejército aguerrido y experimentado y una marina nimbaba por la gloria y con una superioridad naval que le daba supremacía en el Pacífico sur. Después de la guerra pudo Chile haber impuesto los "dictados" que hubiera querido; pero prefirió vivir en paz y sólo procuró precaverse de nuevos peligros. Nunca rehuyó ni rehuye los afanes de integración latinoamericana y mantiene vivo su sentimiento fraterno para todas las naciones hermanas de América. Contra su voluntad ha tenido que vivir alerta de posibles contingencias.

En este sentido, la política de algunos gobernantes de postguerra ha sido previsora. El Presidente Balmaceda, aprovechando la afluencia monetaria de las exportaciones salitreras, ordenó la construcción del acorazado "Capitán Prat", considerado en su tiempo el más potente de todas las marinas, y dos cruceros, el "Errázuriz" y el "Pinto", más dos cazatorpederos.

Los pactos de mayo en 1902 establecieron la equivalencia de las escuadras de Chile y Argentina y, en consecuencia, este poderío desapareció.

En el ejército se contrató la misión alemana que presidió el coronel Emilio Körner, más tarde general de Chile, y nuestro ejército adoptó la disciplina prusiana y la organización modelo del ejército alemán, el primero de Europa después del 70. Hasta ahora conserva esa disciplina, esa formación y esa mentalidad.

En la educación, otra misión alemana también contratada por Balmaceda, cumplió por años una tarea que ha dejado huellas profundas en la enseñanza.

Todo esto no hubiera sido posible sin los resultados victoriosos de la guerra del Pacífico.

En lo económico -como ya dijimos al comienzo—, Chile pasó a tener el monopolio de la industria del salitre natural, monopolio que terminó después de la primera guerra mundial por la competencia del salitre sintético.

Hemos comentado también los efectos que en lo social tuvo la incorporación de la región salitrera. Chile conoció entonces los problemas que trae consigo la gran industria con sus masas obreras, pues la concentración masiva de trabajadores acentúa los problemas sociales en lo relativo a habitación, alimentación, vestuario, enseñanza, atención médica y sanitaria y otros más. Todos estos aspectos plantearon problemas serios a nuestros gobiernos desde los primeros años de la postguerra del Pacífico. Del Norte Grande partió la agitación social que se agudiza y se extiende después de la primera guerra mundial, por la influencia desde el exterior de los trastornos que sobrevinieron en la paz.

Chile no ha cesado de vivir preocupado hasta ahora por problemas derivados de la Guerra del Pacífico. Sólo en 1929, por el Tratado de Lima, se zanjó la cuestión de Tacna y Arica, territorio que el Tratado de Ancón dejó bajo soberanía chilena por el lapso de diez años, al término del cual un plebiscito determinaría bajo qué soberanía continuaría en definitiva. Así también, por el Tratado de Paz con Bolivia se solucionó el estado de tregua que duró veinte años. Sin embargo, todavía en estos días nos preocupa la presión boliviana por una salida propia y soberana al mar Pacífico.